



***Los años de la serpiente* de Antonio Ostornol. Santiago de Chile: Ceibo Ediciones, 2016**

Por Macarena Areco

Pontificia Universidad Católica de Chile
mareco@uc.cl

Voy a partir esta presentación por algo muy simple: el nombre del protagonista de la novela de Antonio Ostornol: Antonio Torres. Ello me permitirá referirme a una característica de este relato que, si no sonara tan duro, tan estructuralista y tan legal, llamaría algo así como una ley de la novela: el sí, pero "pero". El nombre Antonio Torres será, entonces, la primera miga de pan de un camino de lectura que les propondré para *Los años de la serpiente*.

- El narrador protagonista se llama Antonio, pero no Ostornol sino Torres. ¿Qué quiere decir esto? Que si bien hay muchos hechos de la vida del personaje, que uno puede encontrar en la biografía del escritor (por ejemplo que fue dirigente estudiantil del Partido Comunista durante la dictadura, que viajó a París a hacer un doctorado...), hay un margen –que siempre es inconmensurable cuando se trata de literatura– de invención, de ficcionalización. A este primer ámbito lo llamaré autoficción. *Los años de la serpiente* es una novela autoficcional, lo que consiste, como dice Pozuelo, "entretrejer la novela con la autobiografía, de forma que el límite entre lo histórico y lo inventado se rompe" (282).
- **París, pero Chile.** El lugar en que Antonio Torres vive y se desvive es la capital de Francia, pero lo que ahí hace es escribir cartas a su hija Bárbara, que se encuentra en Santiago, en las que le cuenta lo que hace y sobre todo se explica respecto de distintas cosas: su decisión de no regresar a su país, su distancia con el Partido, su reacción ante la tortura. Como Horacio Oliveira, Antonio Torres es un desplazado, que cuando está del lado de allá anhela un lado de acá que le impide proyectarse, completarse, terminar una tesis, comprometerse con una pareja, salir de una buhardilla infecta, instalarse. Desde esta perspectiva, *Los años de la serpiente* es una novela del exilio.
- **Familia, pero política.** Antonio Torres, como ocurre en muchas novelas chilenas y también en la sociología y la crítica y quizás como nos ocurre a todos los chilenos, piensa "en familia". Quiero decir con esto que no puede escribir algo, disfrutar de algo, mirar algo, sin pensar de inmediato en su hija y eventualmente en la madre de esta, la ejemplar Andrea. Por ejemplo, el personaje descansa en una iglesia, poco antes de un viaje a Chile:

Tú sabes que nunca he sido aficionado a los templos –le escribe a Bárbara–. Pero desde hace unos meses suelo visitarlos. Colman mi soledad. Ahí puedo quedarme horas disfrutando del silencio. De más está decirte que pienso en ti. Lo hago con rigurosidad. Pero también vuelco la mirada hacia la infinita sensación de vacío que por momentos me inunda (171).

- Pero siempre, quizás no por opción de Antonio, sino porque su vida ocurre en “los años de la serpiente”, hay un marco que excede a la familia y que es la política. De hecho, el viaje que he mencionado, que finalmente no se realizará, se debe a una misión secreta que le ha encomendado el Partido. En este sentido, si bien la novela es el recuento de los sufrimientos del personaje en París, es sobre todo una memoria de la represión brutal y de los intentos de resistencia a esa represión, en particular los del Partido Comunista. De ahí que *Los años de la serpiente* sea una novela histórica y política. Y aquí viene a cuento hablar de su título, que alude a un periodo del pasado de Chile, a estos años de la serpiente que son los del dragón, que, como en el cuento de Tolkein “Egidio el granjero de Ham”, asoló nuestra aldea; los tiempos oscuros de la dictadura.
- Entonces novela histórica, política y también novela realista, pues lo que nuestro protagonista le cuenta a su hija es su vida más o menos cotidiana en París: sus vecinos Martine y Jacques cuyos ruidos eróticos lo distraen, su visita a un restaurante parisino donde venden empanadas, su trabajo como cuidador de dos niños franceses... Pero cada cierto tiempo, en cursivas, aparecen historias otras, donde, como decíamos, un pueblo es asolado por un dragón, o donde el Frente, después de una larga lucha, vence. Sueño con serpientes, la canción aludida por el narrador, es uno de los dos lados de la novela, el fantástico, pues si bien hay un espacio histórico y realista donde se intenta sobrevivir precariamente, hay otro alegórico, de la lucha mítica, donde se enfrentan enormes desafíos a cuya altura no siempre es posible estar. Aunque en esto los cuentos-sueños son diversos y tienen distintos finales, incluso un final feliz:

Y el animal prometía todo: no colocaría picanas eléctricas en los testículos, ni metería ratones en las vaginas, ni colgaría a nadie de las manos, ni sumergiría cabezas en la mierda, ni atravesaría gargantas con el corvo, ni llevaría a Pablito frente a Temístocles. Y, desde ese minuto en adelante, él prometía ser un dragón bueno, que respetaría a sus mayores y que solo daría amor al prójimo (197-98).

- Entonces están los sueños, pero también están las canciones (la mencionada de Silvio Rodríguez, “Palabras para Julia”, de Paco Ibáñez, alguna de Serrat), y también están las cartas, que es el formato mediante el que Antonio Torres le va relatando lo que le ocurre y también lo que sueña a su hija. Es como si, en los años de la serpiente, las dificultades respecto de la experiencia, de vivirla y representarla,

hicieran imposible el relato directo. Solo la mediación genérica –de la carta, el sueño, el cuento, la canción– permite el intento de transmisión que hace el narrador. Entonces, novela realista pero fantástica o, si se quiere novela híbrida, en que se necesita de distintos formatos narrativos para relatar una experiencia que en su oscuridad bordea lo irrepresentable.

- En la clave histórica, pero fantástica, *Los años de la serpiente* tiene un corazón dulce y doloroso, la historia de los jóvenes comunistas heroicos Carlos Contreras Maluje y Manuel Guerrero, a quienes está dedicada, y de otros no tanto, como el protagonista, que se debate en su “sí pero...”, o en su “no, aunque...”. Entonces *Los años de la serpiente* es una novela realista que se vuelve mítica en la medida en que relata la posibilidad en la realidad del héroe. De ahí que sea también una novela utópica. Pero también, como decía, está su contracara, el traidor.
- Pero, pero, pero, me dirán ustedes, en qué quedamos después de tantos peros. En una novela moderna, con un protagonista moderno, respondo. Es decir, en una novela que está siempre probando, intentando, buscando modos que se quedan cortos, que son insuficientes; de ahí que haya que ir por más, buscar por más. Y quedamos también en un héroe moderno lukácsiano, en búsqueda de valores auténticos en un mundo degradado. Al respecto una cita de Nietzsche vía Berman, según este, el hombre moderno: “Necesita de la historia porque es el armario en que se guardan todos los trajes. Advierte que ninguno le va completamente bien’ –ni el primitivo, ni el clásico, ni el medieval, ni el oriental–, ‘así que sigue probándose unos y otros’, incapaz de aceptar el hecho de que un hombre moderno ‘nunca puede verse verdaderamente bien vestido’, porque no hay ningún rol social en los tiempos modernos en que se pueda calzar perfectamente” (9). Ni militante, ni padre, ni chileno, ni parisino, ni doctorado, ni héroe. Se trata, entonces, de una búsqueda que fracasa, pero tras ella reverbera la utopía, como un norte lejano, pero que la historia nos ha mostrado como posible, y, entremedio, la escritura que va tanteando por un tiempo otro, en que quizás la recuperación y la memoria de las, a estas alturas, viejas historias nos permita ir más allá de los años de la serpiente.